

QUIEN ES Y COMO ES

Fernando Rosas: Un creador introvertido

Fundador de varias entidades musicales,
el director de la Agrupación Beethoven todavía
tiene varios sueños por realizar



Fernando Rosas, el mismo de siempre: "Ni de Derecha, ni de Izquierda, ni corcho"

POR CARMEN ORTUZAR

Como él mismo se encarga de aclararlo en la primera página de su libro *Entreacto*, también esta semblanza será "la verdad, nada más que la verdad, pero no toda la verdad". Porque si hay algo que caracteriza a Fernando Rosas Pffingsthorn (director de orquesta, 50 años, cinco hijos, creador y director de la Agrupación Beethoven) es esa permanente sensación que da de estar y no estar diciendo cosas.

"Se puede creer que uno es muy amigo, que lo sabe todo, y sin embargo se conoce muy poco a Fernando", es la opinión de quienes lo conocen. Hay razones: el menor de ocho hermanos —y a muchos años de distancia— siempre fue un niño solo, introvertido, tímido. "A los 50, sigo igual. Con los años, uno cambia aparentemente pero, en el fondo, es el mismo. Uno se crea una superestructura, una coraza, pero no deja de ser eso".

Así, conversó de muchas cosas y otras prefirió callar... por ahora.

A pesar de todo, algo ha cambiado. Por ejemplo, piensa que (como lo ha dicho Niccanor Parra) "esta época ha sido muy importante para la recuperación de la vida privada. Mucha gente como que se ha humanizado un poco. Yo antes ni sabía que existían los jardines. Llegaba a la Universidad a las nueve de la mañana y salía a las diez de la noche. Vivía encerrado, inventando, creando, organizando cosas. Convenciendo gente, consiguiendo plata. Ahora mi vida es más rica, más amplia, más diversificada. Si las cosas cambiaran, con la experiencia que tengo, no tendría tanta unilateralidad y sería menos estúpido". Mientras, goza como un papá *chocho* con el hijo que le dio su segunda mujer, el pequeño Fernandito de apenas un año y nueve meses.

Lo más probable es que a él también le cuente —como a los hijos mayores— esos cuentos que, según él, le narra para ellos una hadita amiga de la Avenida Perú, en Viña del Mar.

Los primeros pasos

Fernando Rosas vino a la vida en la Ciudad Jardín. Allí conoció también a los amigos —compañeros en los Padres Franceses y vecinos en Agua Santa— que lo han apoyado y cooperado en todas sus iniciativas.

Era diferente a todos ellos. Nada de conquistador. Grande, gordo, desgarrado. Hasta el día de hoy se le sale la camisa, se pasa subiendo los pantalones y es torpe en sus movimientos. Es de los que se sienta en una silla y le cuesta pararse... si es que no la rompe. Alejado del mundanal ruido, cuando pequeño no costaba entreterlo: con unas cuantas piedrecillas, se entretenía tirándolas al agua. Siempre fue aficionado a la música clásica. La edad del bailoteo la pasó leyendo, conversando, arreglando el mundo. Y, por supuesto,



especial desde pequeño: la soledad lo marcó en su infancia

mando coros. Entonces el joven tímido con las mujeres se transformaba en todo un líder. Como director, asumía otra personalidad.

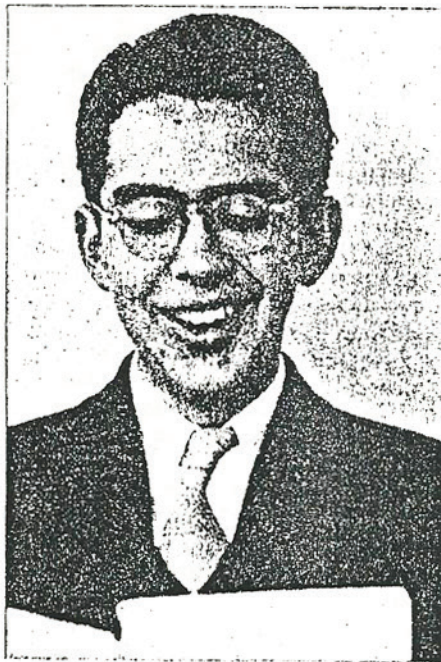
Algunos piensan que "la dirección le vino de chica" y por eso buscó otros caminos: Rosas asegura que desde que se fue a la Universidad Católica no ha tenido la oportunidad de trabajar demasiado en eso, que es el campo que puede hacer y más le gusta. "A estas alturas, hay cosas que puedo y no puedo hacer".

Condiciones

Con una vida espiritual muy rica —se preocupaba de la parte musical en las misas dominicales—, muchos pensaron que su vocación era el sacerdocio. "Nunca se concretó..." —reflexiona—, "me gusta la música, la *chuchoca*... En el fondo se trata de hacer algo por la demás gente, puede ser en el arte, por medio de la religión, hay tantas formas..."

Por su poder de convicción, hay quienes piensan que habría sido un excelente político. "No, dice, soy un sentimental".

Nunca fue un alumno brillante, estaba ocupado de cosas más interesantes. Pero era inteligente y de buena memoria y "calentaba" los exámenes el último mes. Siguiendo la lógica tradición de entonces, estudió Leyes. Y también filosofía. Siempre pensó que ésa era su vocación y que la música era sólo una afición de niño que le nació cuando a los seis años escuchó la *Quinta Sinfonía* de Beethoven. Sin embargo, recién a los catorce años según cuenta en su libro— se marcó su destino musical. Cuando niño pasaba de un hobby a otro con gran dedicación: modelismo, aeromodelismo, guerra, estam-



Cuando *lolo* nació la vocación: incluso pensó hasta en el sacerdocio

pillas. "Cerca de los catorce años, ya con nuevas aficiones, vendí toda mi colección de sellos. Con el dinero compré mis primeros discos: la *Quinta Sinfonía* y el *Concierto para dos violines*, de Bach. Sin sospecharlo entonces, con este inocente acto se iniciaba la más importante aventura de mi vida".

Cicatriz abierta

Su currículum no deja de ser impresionante. En 1953 fundó el coro de la Universidad Católica de Valparaíso, el que dirigió hasta el 58; en 1960 dio vida al Departamento de Música de esa misma Uni-

versidad; el 64 creó la Orquesta de Cámara de la Universidad Católica y la dirigió hasta el 75; el 76 fundó la Agrupación Beethoven (con su socio, Adolfo Flores) y, un año después, la orquesta de esta Agrupación. Paralelamente, fue director del Departamento de Música de la UC (del 64 al 70) y, desde entonces al 74, director del Instituto de Música de esa casa de estudios. Entre el 74 y el 75 fue el director titular de la Orquesta Filarmonica de Santiago. Con la Orquesta de Cámara de la UC se paseó por Europa y América, realizó grabaciones de discos, programas de televisión y una amplia labor de difusión musical.

Y este año dio vida a la radio *Beethoven*, uno de los partos más difíciles de su historia creativa pero el que le ha demostrado definitivamente que lo que se quiere, a veces se puede. Con música selecta, un poco de publicidad y mucho esfuerzo, ha entrado lentamente en los hogares. Es la más conocida de las actividades de Rosas, la menos elitista.

En la actualidad, mil amigos —desde el vicealmirante José Toribio Merino hasta estudiantes, que aportan 200 pesos mensuales— ayudan a financiar la Agrupación y sus ramificaciones musicales. Así, las empresas consideradas "una locura" en sus inicios, han sorteado con éxito todos los escollos del camino. De todas formas, la separación de sus hijos musicales no ha sido fácil. Para Rosas, "el quiebre más grande de mi vida" fue su alejamiento de la Universidad Católica, en 1976, cuando renunció en solidaridad con dos colaboradores despedidos arbitrariamente. Es una cicatriz que aún no termina de cerrar.

La ha tratado de borrar con la música, que es lo que inunda su mente. Está siempre tan absorto en proyectos relacionados con ella, que a veces olvida lo que sucede a su alrededor. Por eso es tan distraído. El lo niega... enfáticamente. Sin embargo, hay carabineros que ya lo conocen por ese "defectillo": "¿Usted nunca pasa con luz verde, señor Rosas?", le han preguntado. Y cuando uno le pasó un parte, el juez —que lo admiraba por su labor en favor de la cultura— le cobró la multa más alta y le mandó una nota llamándole la atención por "la irresponsabilidad de arriesgar su vida".

Sus gustos

Hay quienes dicen que nunca se morirá de hambre porque es creativo, ingenioso y, sobre todo, de un tesón increíble y un optimismo a prueba de balas. Hasta tiene la solución financiera en caso de quedar botado en la calle: en su parcela de la Reina abriría un selecto —muy personal— salón de té musical, como los del sur. El pondría la música y la conversación.

La misma fuerza de voluntad que pone en todas sus iniciativas la tiene, ahora, en su campaña por dejar el cigarrillo. Empe-

zó de a poco: dejando la cajetilla en salas distantes a la que estaba trabajando ("me habría fumado tres", argumentaba cuando partía a buscar uno), hasta aplicar "la receta de Narciso Yepes: no prohibirse sino perder las ganas de fumar, por los malestares que provoca. Hay que convencerse de que el placer es tan *rasca* comparado con el daño que sólo queda decir: no voy a fumar más". En los momentos de la entrevista cumplía ocho días de privación. Esperaba que fuera para siempre.

Esa es una de sus aspiraciones. Y, en lo material, le encantaría tener una chimenea en su casa —un lujo que todavía no se puede dar— y encontrar la fórmula para que los duraznos que plantó en su parcela no se apesten. Sufre con ellos, pero goza comiendo sus frutos. Aunque no tanto como con la carne, que le gusta en todas sus expresiones pero, por sobre todo, en una parrillada.

También le gustaría que Fernandito tu-



Con el mayor y el menor de sus hijos: es un papá "chocho"

viera vocación musical. Esa es su vida y trata de contagiarla. Porque a pesar de no ser nada de vanidoso, tiene el orgullo de que, junto con Adolfo Flores (contrabajista), "somos las únicas personas que tenemos una actividad directiva relacionada con la música. Y digan lo que digan, como somos dos músicos profesionales, tenemos sobre otra gente esa ventaja, conocemos el terreno. Una de las lacras más grandes es que siempre la cultura está sujeta a los vaivenes de la política y los amigos. Las autoridades en materia de cultura cambian constantemente como consecuencia de situaciones que nada tienen que ver con la cultura".

Sin embargo, todavía aspira a volver —más temprano que tarde— a la Universidad. Es su mayor anhelo. •

"Pensaba que el mundo era menos imbécil"

Dicen que siempre fue un niño grande. Ahora, con el pelo entrecano pero su mismo cuerpo triangular, macizo y desgarrado, Fernando Rosas Pflingshorn está sentado en su oficina de radio *Beethoven*. Se saca a veces los grandes anteojos que le dan un aire demasiado serio: entonces destacan sus ojos verdosos, límpidos, inocentes. Es el Fernando Rosas con cara de niño.

No está mucho tiempo sentado: se para, se afirma en la pared, camina. Habla calmadamente. Si la respuesta le parece muy importante, dicta hasta las comas.

—¿Qué lo motivó a escribir su libro *Entreacto*?

—Una estupidez, pero me entretuve "re hartó"

—¿Y a formar en 1957, con sus amigos, el colegio Patmos de Viña del Mar?

—Pensábamos que todo tenía que cambiar. Por una parte nos gustaba la política, pero, por otra, creíamos que ésta no llevaba al cambio radical, que la única fuente de cambios era la educación: a través de ella se podía permitir que los "cabros" pensarán más, crear más...

—¿Por qué lo dejaron en 1966?

—...La realidad es más fuerte que la buena voluntad.

—¿Cree que la suya fue una generación de muchas inquietudes?

—Fue una generación de inquietudes pero bastante frustrada. Cuando uno es más *cabro* piensa que el mundo es mejor, menos imbécil; yo pensaba que era más civilizado.

—¿Cómo se definiría?

—Como un músico momentáneamente en leve receso.

—¿Se considera un buen director?

—¡Hay peores! Pero no soy yo quien debe decirlo. Recuerde que hay gente que dice que Claudio Arrau no toca tan bien el piano...

—¿Ha pensado formar otra orquesta: o preferiría volver a la Universidad?

—O volver a la misma o formar otra. Eso es claro: o vuelvo o hago otra.

—¿Qué otros proyectos inmediatos tiene?

—La revista *Radio Beethoven* (en diciembre aparece la edición cero y en abril la número uno), que cierra el ciclo de concierto y radio. Trae música y cultura. Así se forma una unidad donde se fecundan unos a otros. Pero el gran proyecto de la Agrupación es participar en la gestación de un teatro propio: es una vergüenza que en Santiago no haya una sala de conciertos. Es un sueño que tendrá que hacerse realidad. Y en lo personal, tener una orquesta. Pero no la puede financiar la Agrupación, no cabe una orquesta privada en Chile por el momento.

—¿Le gustaría tener un canal de televisión cultural?

—No hay que ir tan rápido. Si alguien nos ofrece un programa en televisión, aceptamos encantados. Generalmente, se cree que Chile no ha tenido mayor desarrollo cultural porque se gasta poca plata. Eso es una mentira, yo creo que se gasta mal, en forma desordenada, que yo llamo de parcela. Si hay algo que tienen en común desde la UP al gobierno militar es el gobernar en parcelas. Las entidades no se unen

para hacer algo verdaderamente grande. Esta falta de trabajo unitario hace que la mayoría de las parcelas trabajen en Santiago, gastándose el 90 por ciento de todo lo que se gasta en el país en cultura, con lo cual el desarrollo cultural en provincias es una porquería y nadie se hace responsable.

—Siempre se ha dicho que la Agrupación *Beethoven* es elitista. ¿Cree que con el tiempo se ha abierto, como fue su deseo desde el comienzo?

—Siempre se dirá que el arte es elitista. Desgraciadamente es así. El problema no es del arte sino de quienes manejan los medios de comunicación. Si éstos a la gran masa le dan mierda (¿se escribe eso en la revista?, lo puede decir textual), disfrazada de arte, el arte genuino va a llegar a un grupo más chico y eso no es culpa mía. Si esta situación hace que seamos elitista, ¡bendito sea!

—¿Le duele que le digan que se ha vendido al sistema, que está con el modelo?

—Me duele bastante pero no me extraña: en otra época dijeron que era vendido a la UP, que estaba con el modelo. O sea, que en Chile las cosas siguen igual que siempre. Se supone que una persona tiene que ser de Derecha, de Izquierda o un corcho. No soy de ninguna de las tres y creo que mi capacidad ha significado el poder ser útil para la vida cultural en regímenes distintos. Porque creo que el problema de la política es de los políticos y no mío. Cuando uno se mete a pelear por la cultura hay que olvidarse de la política.